





# **Teoría manchada de realidad**

La realidad de ser docente. Lo que nadie te cuenta



# Teoría manchada de realidad

La realidad de ser docente.  
Lo que nadie te cuenta



Maestra sin filtros

Primera edición: junio 2026

Depósito legal: SE 1946-2026

ISBN: 979-13-7060-039-6

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto e imagen de portada: Maestra sin filtros

📧 @maestra.sin.filtros

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

[www.editorialcirculorojo.com](http://www.editorialcirculorojo.com)

[info@editorialcirculorojo.com](mailto:info@editorialcirculorojo.com)

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.


Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

# BIOGRAFÍA

## **Maestra sin filtros**

No tiene nombre ni rostro, porque podría ser cualquiera de las personas que alguna vez se han puesto delante de una clase con más ilusión que certezas. Nació del mundo docente real: de aulas con más ruido que recursos, de cafés que siempre se enfrían en los recreos y de vocaciones que se ponen a prueba mucho antes de lo que nadie avisa en la universidad.

 @maestra.sin.filtros



**«Maletas, mochilas llenas de historias, supervivencia,  
vocación puesta a prueba y muchas despedidas».**



# CAPÍTULO I

## MI PRIMER TRABAJO

*«Aunque la vida no resulte ser la fiesta que esperabas, nunca dejes de bailar».*

Mi historia como maestra comenzó en un comedor escolar, en un pequeño pueblo de apenas mil habitantes...

Empecé con la ilusión propia de mi primer trabajo. Con veintidós años, recién terminada la carrera de Magisterio y trabajando, por fin, en algo relacionado con los niños, aquello era todo un logro para mí. Y más aún si lo comparaba con la situación de mis amigas y compañeras de la facultad, con las que por entonces habíamos formado nuestra «chupipandi» compartiendo miles de risas, llantos, agobios y momentos de felicidad, entre un sinfín de anécdotas —casi todas rematadas con carcajadas provocadas por situaciones absurdas relacionadas con mi torpeza y mi increíble habilidad para tropezar o caerme justo cuando más gente había mirando—. A ellas, en cambio, les estaba resultando muy difícil encontrar trabajo en el ámbito educativo.

Me sentía una auténtica afortunada por trabajar dos horas al día, de lunes a viernes, por doscientos euros al mes, una cantidad que en aquel momento me parecía más que suficiente para cubrir mis gastos, ya que no solía gastar demasiado dinero. Por entonces no tenía que pagar alquiler ni hipoteca, tampoco coche... aunque, en realidad, mi coche era todo un tesoro para mí

y cumplía perfectamente su función: ir al trabajo o al pueblo de al lado. Con mi Seat Córdoba del año 2000, que se paraba cada vez que atravesaba un charco más grande de lo normal, yo era inmensamente feliz. Sentía que mi mundo empezaba a ordenarse, porque tenía una pareja que me apoyaba en todo, un trabajo y un coche que mi padre me había facilitado.

Tal era mi grado de satisfacción que llegué a pensar que, si cuando opositara no lo conseguía, yo ya tenía la vida resuelta con mis doscientos euros al mes más algunas clases extra. Qué ironía... y lo peor es que, en aquel momento, ese pensamiento era completamente real.

Con el paso del tiempo, además del comedor escolar, fui cogiendo algunas clases extraescolares, y mi mayor logro fue llegar a entrar en el aula matinal, para la cual se exigía el B1 de inglés. Nunca entendí muy bien por qué te lo pedían para el aula matinal y no para las extraescolares o el comedor dentro de esa empresa...

Retomando el tema de las clases extraescolares, había dos compañeras de la edad de mis padres, que además son muy jóvenes, ya que me llevo solo dieciocho años con mi madre y veintiuno con mi padre. Estas compañeras contaban con una amplia experiencia en el sector y, sobre todo, en el «acaparamiento» de clases extraescolares, con el objetivo de reunir más dinero y conseguir, a final de mes, un sueldo algo más digno, ya que sus circunstancias vitales no eran como las mías... o quizá sí.

Al inicio de cada curso escolar tocaba decidir quién se quedaba con cada actividad extraescolar y, como era de esperar, al llegar yo la última, no iba a quedarme con las mejores clases. Para mi sorpresa, pronto me di cuenta de que ponernos de acuerdo entre las tres compañeras del comedor para repartirlas de forma equitativa era una tarea imposible, ya que en la mentalidad de mis compañeras no existía la posibilidad de tratar las cosas desde la igualdad. Estoy convencida de que, para ellas, ese era el momento más importante del año, vivido casi como una carrera de vida o muerte

por llegar las primeras a la meta: conseguir el mayor número posible de clases y grupos, incluso llegando a falsificar listas para que hubiese tantos grupos como ellas deseaban, con el único objetivo de cuadrar las cuentas de lo que iban a ganar a final de mes.

Disponíamos de una amplia oferta de actividades: refuerzo de matemáticas, lengua, inglés, baile, artes marciales y manualidades. En las clases de mates, lengua e inglés había dos o tres grupos por área, así que ya te puedes imaginar lo que ocurría en esos momentos... La tensión se podía, literalmente, masticar. Yo me sentía como una mera espectadora ante los desplantes de una hacia la otra, situada en tierra de nadie, por lo que solo me quedaba mantenerme al margen y aceptar lo que me dieran, casi por lástima, tratándome como si me hubieran hecho el favor de mi vida al asignarme unas clases que sabían que desaparecerían nada más ofertarlas, como había ocurrido todos los años anteriores. Yo lo desconocía, y aquí es donde mi padre habría dicho aquello de «más sabe el diablo por viejo que por diablo», ya que tanto mi padre como mi abuelo eran auténticos «refraneros con patas».

Al final, me tocaba quedarme con un solo grupo, aunque todo estaba maquillado con varios grupos de actividades ficticias que ningún año llegaban a realizarse en el colegio. Ingenua de mí, pensaba que me habían dado tres clases para mí sola y, además, las opciones más atractivas, a las que con toda mi ilusión dije que sí. Sin embargo, alguna madre se quejó de cómo iba yo a dar baile si no sabía, sin conocer mi faceta bailarina, o de cómo iba a impartir artes marciales si no tenía ni idea, sin conocer mi faceta UFC.

Finalmente, no me quedó otra opción y me quedé con manualidades, sumando cincuenta euros más a mi «gran sueldo» de aquel momento. El director se encargó de tranquilizar a las familias afectadas por las actividades de baile y artes marciales y, a pesar de no haber hablado conmigo previamente para saber si dominaba alguna de esas disciplinas, decidió hablar por mí y llamar a la empresa para comunicar que no disponían de personal para

impartirlas. Me facilitaron la vida en ese instante, pero apagaron la ilusión que me hacía dar esas clases.

Aun así, tenía otro frente abierto, ya que me desplazaba a la capital para dar clases particulares a un alumno al que había conocido durante mi periodo de prácticas en la carrera. Mi querido Gonzalo, un alumno especial, con unas características conocidas como síndrome X frágil, me enseñó que la confianza en las personas se percibe, antes que nada, a través de su energía, y que esta está directamente relacionada con su actitud y su comportamiento. Al final, los hechos hablan por sí solos.

Era un niño muy especial, y saber que apenas hablaba con su madre o con sus hermanas, pero que estaba deseando que yo llegara para charlar, contarme cosas del colegio y ponernos a trabajar —aunque con miles de interrupciones y risas de por medio—, me llenaba las tardes de ilusión.

Un día hubo una frase que me hizo comprender la enorme importancia de lo que transmites y de cómo te perciben los demás. Puede que, con tu actitud y tu comportamiento, saques la mejor o la peor versión de las personas, aunque siempre he pensado que quien tiene un interior feo, inevitablemente acaba siendo una persona «fea».

Volviendo a aquella frase de mi querido alumno de apoyo, recuerdo que, aunque no sé cuál fue el detonante de la conversación, me miró y me dijo «Estás loca, los niños no podemos conducir», incluyéndome a mí dentro de ese «niños». Fue entonces cuando entendí que se abría más conmigo que con los adultos, porque me veía como otra niña que le ayudaba con sus tareas, o como una adulta distinta a las que estaba acostumbrado.

En parte tenía razón con lo de conducir, ya que me costó un poquito —por no decir mucho— sacarme el carné, especialmente la parte práctica. Todavía lo recuerdo casi como un pequeño trauma, con un montón de nervios y la correspondiente lloradita tras cada «calabaza», que no fueron pocas: me examiné cuatro ve-

ces y tuve éxito en la última. Aunque en mi cabeza parecían haber sido el doble, por el drama que supuso aquel momento.

Retomando mi labor en el comedor, con la ilusión y la vocación a flor de piel, observé desde el primer momento que los alumnos solían tener numerosos conflictos a diario, ya que se mezclaban niños de edades comprendidas entre los tres años de Infantil hasta segundo de la ESO. Percibí una falta de empatía y de compañerismo, además de un claro reflejo de la sociedad tan tecnológica en la que vivimos, lo que provoca que los niños vayan perdiendo, poco a poco, la capacidad de relacionarse y de afrontar conflictos.

Se me ocurrió buscar una solución a este problema, que a mí me quitaba el sueño, mientras que a mis compañeras parecía no preocuparles en absoluto: se limitaban a quejarse, sin proponer ninguna alternativa. Así que decidí tomar las riendas y dejar volar mi imaginación, lo que me llevó varios días pensando cómo podría mejorar la conducta del alumnado en aquel colegio. Lo primero que pensé fue en una actividad en la que todos necesitaran la ayuda de los demás, con el objetivo de fomentar la unión y el compañerismo. Pero surgía la gran pregunta: ¿cuál podría ser esa actividad? Teniendo en cuenta que se trataba de niños y niñas de entre tres y catorce años, lo que complicaba aún más la situación. Porque, como todos sabemos, un niño de tres años no tiene los mismos intereses ni gustos que uno de catorce, y viceversa.

Después de todo un año resolviendo conflictos, escuchando las distintas versiones de los niños y ofreciendo soluciones, sin dejar de lado las quejas y reclamaciones de las familias por el servicio del comedor, surgían comentarios como: «mi hijo llega a casa con hambre» (cuando el niño o la niña entraba al colegio a las siete y media de la mañana y salía a las ocho de la tarde), y la culpa recaía directamente en las monitoras, porque «no obligan a ese niño/a comer». O familias que afirmaban: «yo en mi casa estoy dos horas, o si hace falta toda la tarde, hasta que mis hijos